

El laberinto y el hilo**Lebret ante la lucha de clases**

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Un breve libro, escrito con la premura de quien dedica su mayor tiempo a la acción, contiene la tesis del Padre L. J. Lebret, eminente dominico francés, en torno al problema económico-social de nuestra época. Una postura realista, una libertad de juicio que asegura la independencia de todo interés mezquino, un manejo sereno de las ideas positivas que se hallan en cualquier doctrina contemporánea —aun en la que diverge radicalmente del espiritualismo a que adhiere el valiente sacerdote—, proveen a los dos volúmenes de este “memorándum” —así lo llama, con modestia, él mismo— de una fuerza interior y de una claridad externa sumamente eficaces. Buscar una salida al conflicto ideológico contemporáneo, evitando la aceptación cómoda de la injusticia reinante y también la violencia con la que los inconformes aspiran a la reordenación del mundo, es la misión más honesta que un pensador puede asumir en este momento crucial de la historia. Lebret, para hallar el camino del cristianismo moderno, a la vanguardia, se sitúa inicialmente en el punto de partida de aquéllos que son los dos polos de la explosiva emulación del momento. Se trata, antes que nada, de reconocer cuál es la verdad, sea ella cual fuere, moleste ella a quien molestar. “No dar resueltamente testimonio de la verdad —dice—, cueste lo que cueste, sería una traición”. De ahí en adelante, apelando al fondo esencial del cristianismo, Lebret ha elaborado una ideología nueva y saludable, a la cual sólo pueden temer quienes temen a la verdad.

En síntesis, la “Guía del Militante” (Editorial Mosca Hnos. S. A., Montevideo, 1950) propone que la llamada lucha de clases, raíz del drama social contemporáneo, es producto del advenimiento del capitalismo industrial y financiero, cuyo monstruoso desarrollo dio lugar a la aparición del proletariado. El capitalismo (que sólo el desavisado puede confundir con el capital) tuvo y tiene aún como única levadura el provecho exclusivo del capitalista, del intermediario, del especulador, pues nunca conoció como finalidad el bien común. La economía manejada con este criterio rompió la escala de valores y se hizo antihumana. “Pérdida del sentido de los valores humanos, ritmo de vida abusivo, ausencia de compasión hacia los débiles, tendencia al gigantismo, creación del proletariado, separación de clases, envidia y odio, materialización de la vida y la cultura, ese es el balance moral de la civilización capitalista”, afirma el Padre Lebret. La forma supina del capitalismo es el “trust” —cuya “ley es la ley de su desarrollo ilimitado y no la búsqueda del bien común nacional o internacional”—, que afecta y modifica radicalmente la estructura del mundo. Frente a esta prepotente fuerza se halla el proletariado, “el trabajador sin cultura y sin seguridad”, a quien sólo se tiene como factor de producción, como consumidor y como voto electoral. Colocado en la última escala social, sin presente y sin futuro, aun sin patria, existe bajo la constante amenaza del hambre y la miseria. Entonces, en masa, se alza contra el capitalismo, en tono bélico, dueño de la única arma que posee: su violencia.

Pero para se quiera la lucha de clases intervino un tercer elemento: la burguesía. El capitalismo no constituyó, en sentido estricto, clase social. Hubiera podido ser detenido de no haber encontrado en la burguesía “su ejército de defensa”. El burgués hizo causa común con el capitalista a cambio del plato de lentejas de la posesión, de la cultura y de la participación en la dirección. En vez de emprender la defensa del proletariado el burgués se puso al servicio del voraz capitalista y sobrevino entonces, debido a esta defección, la antinomia burguesía-proletariado. “De modo que la lucha de clases —concluye Lebret— se convirtió en un hecho, no por necesidad, sino por traición de las élites”. Al trabajador debieron unirse “todos los que habiendo recorrido el ciclo de humanidades, reclamaban un ideal humano; todos los que temían el triunfo del materialismo, porque éste representa una derrota del hombre, y todos los que querían escapar a gigantismos monstruosos y a negocios anormales”. No fue así, sin embargo. El proletariado fue solo a la batalla, teniendo como un solo contrincante, como un solo enemigo, al capitalismo y a la burguesía que lo representaba.

Mas no es este un callejón sin salida. “La burguesía no puede salvarse —afirma el pensador cristiano— mientras rehuse entregar de buena gana sus privilegios y trabajar sinceramente por el mejoramiento del pueblo; y mientras siga aceptando ventajas sin el incapaz de amar al prójimo y realizar con todos los proletarios la supresión del proletariado”. De nada sirve, en este sentido, la creación de “lo social” (emanado generalmente de la lástima o el miedo) si no se ataca en su meollo el mal de que padece la humanidad trabajadora, es decir, si no se pone fin “al desorden de las estructuras, la injusticia profunda del régimen económico, la ruptura de los marcos normales de la vida, el desequilibrio de las personas y los conjuntos, la mediocridad humana generalizadas y el materialismo”. Para Lebret ello es posible yendo a la fuente de la doctrina de Cristo, lo que veremos en los artículos próximos.